

“Mi ángel de la guarda”

Érase una vez un país donde no había transparencia, en el que sus habitantes habían olvidado su derecho a saber.

Aquel último año, había sido terrible, pero sobre todo triste. Me había sentido despreciada. Sufrí la ira y las calumnias de algunos, a los que mi existencia no convenía. Incluso, perdí amigos que pasaron a ser férreos enemigos.

Los ciudadanos, que eran mi mayor apoyo, estaban apáticos y se desentendían de todo. Por más que yo me esforzaba en mostrarles la necesidad de ayudarnos mutuamente, cada uno iba a lo suyo y el egoísmo imperaba a sus anchas. Mi labor se hacía invisible y me faltaban las fuerzas y las ganas. Cada vez que intentaba dar luz a una cuestión importante, me encontraba con obstáculos tan enormes como los molinos de Don Quijote. Poco a poco, esa luz se apagó dentro de mí y no encontré sentido a seguir.

¿Qué había hecho yo para recibir tal castigo?- me preguntaba cada día.

Me abandoné a mi lúgubre suerte y con ello renuncié a mi verdadera razón de existir.

La oscuridad y el trapicheo se hicieron con el mando, no dejaban ni un ápice de claridad. Todo estaba tomando un tono apagado y sombrío, capaz de desanimar a toda una sociedad, a todo un país. Desalentada, estaba dispuesta a marcharme definitivamente, cuando apareció ella en mi camino. En realidad, ella siempre había estado ahí, a mi lado, protegiéndonos a todos de la opacidad y de la ignorancia, mostrándonos cada día la necesidad de nuestro derecho a saber. Como ese ángel de la guarda que todos tenemos, me mostró el camino, sacando de mí lo mejor.

-“Transparencia, ¡tú eres la más fuerte!”- me dijo con tono enérgico. *¡Si caes tú, los ciudadanos no tienen esperanza!, ¡Debes luchar!, ¡Sin tí yo tampoco existo!*

Reaccioné con una mezcla de sentimientos encontrados: asombro y alegría, miedo y admiración. Sus palabras me hicieron reaccionar y recobré la ilusión de volver a mi misión: ser el medio que garantice a las personas el derecho a la información y obligar a las administraciones a que sean claras con los ciudadanos.

Dulce y angelical pero fuerte y poderosa, mi ángel fue capaz de sacarme del letargo en que me encontraba. Entonces me creí capaz de enfrentar a los turbios desafíos que me esperaban. Ya no tenía miedo, y combatir la manipulación y la oscuridad era un reto apasionante. Las personas comenzaron así, a ejercer su derecho a saber toda información.

Sentí mucho su marcha. En realidad se había ido a ayudar en otros menesteres, pero si ahora estoy aquí es gracias a ella. Apostó y luchó por mí, hasta en mis horas más bajas. Así que hoy, por todos nosotros, le doy las gracias a ella: a mi ángel de la guarda.

¿Sabéis quién es? Lo dejo a libre interpretación.